

## CARRI: desarrollismo y política imperialista

POR GUSTAVO J. NAHMÍAS, GERARDO OVIEDO, PABLO LOPEZ FIORITO Y MATÍAS RODEIRO  
(DOCENTES DE LA CÁTEDRA DE PENSAMIENTO SOCIAL LATINOAMERICANO)

**S**i existe algún elemento que permita caracterizar los textos de Roberto Carri es su capacidad para desenmascarar aquello que se presenta velado. Tal es el caso de los artículos publicados en la revista *Antropología del 3er. mundo*, que evidencian ese modo precipitado por desentrañar el vínculo entre ciencias sociales, desarrollismo, las cuestiones referidas al imperialismo y las sociedades dependientes en la Argentina y en América Latina.

Su escrito "Crítica al desarrollismo" no es la excepción. Es interesante el modo en que reflexiona sobre estas políticas a fines de la década del 60, definiéndolas desde el inicio como la expresión local de los intereses monopólicos en el continente en la búsqueda de nuevos mercados.

El desarrollismo enfatizará la industrialización a fin de expandirse, insistiendo en integrar la Nación en un solo mercado regional, proponiendo modernizar las estructuras para el desarrollo. Para ello, promoverá una alianza con sectores populares con intereses ajenos a los suyos pero que tienen la expectativa de alcanzar mejoras económicas. En la política desarrollista la ciencia, la técnica y la investigación cumplirán un papel fundamental, ya que estarán al servicio de sus políticas de modernización y la conquista de nuevos mercados por la industria. El discurso del "apoliticismo" y la "eficiencia" aportarán la "racionalidad" a las argumentaciones políticas desarrollistas. ▶

MARTIN SCHIAPPACASE



► sociedad política y sociedad civil, ya que como sociedad nacional está antes supeditada al poder imperialista delegado en el Estado que a los movimientos populares o de clase. En la periferia, *dependiente* es el Estado en su relación de subordinación al centro hegemónico mundial, imposibilitado él mismo de desarrollarse como "centro soberano". Por ello es que el proceso estructural de la dominación imperialista mundialmente integrada no permite ningún desarrollo autónomo de la economía de las naciones periféricas. Como parte del esquema conceptual teórico-político adoptado por Carri, el propio "imperialismo" adquiere el rango de una *filosofía de la sociedad*. En dicha filosofía de la sociedad el imperialismo no es sólo una estrategia de la clase dominante proyectada al exterior en la exportación de capitales, cuanto una *forma sistémica* de reproducción de un poder mundialmente integrado que afecta la existencia o reproductibilidad vital de las mismas *naciones* a escala planetaria. La nación es ella misma *dominante*, y no ya sólo su burguesía, y el propio imperialismo se convierte en nacionalidad despótica sin patria, desplegándose a partir de la sujeción de las soberanías nacionales colonizadas. Bajo esta óptica el *Estado nacional*, y no sólo la explanación clasista, se transforma en el objeto de análisis central de la crítica teórica:

"En tanto subdesarrollo y dependencia son la contrapartida del desarrollo e independencia de los imperialistas, deben ser replanteadas las teorías del Estado desde esta perspectiva, poniendo en el plano más destacado *el problema nacional como aspecto determinante del poder*... El problema nacional se integra en el problema clases sociales. El problema 'clases' debe ser visto no en su aspecto de interés internacional de sector en oposición a otro igualmente abstracto e internacional. Sino en la vinculación con un *proyecto de nación dependiente o independiente*. Y sólo la clase trabajadora coincide *totalmente* con la liberación nacional".

Asimismo esto implica un cambio de la naturaleza del "nacionalismo" y de la idea de la soberanía como ideales prácticos en el contexto de la dominación imperialista mundial.

En efecto, en esta teoría del imperialismo elevada a *ontología política*, para la cual *la primacía del orden del poder* se expresa como una prioridad de lo *nacional* sobre lo clasista, la "dependencia" adopta el lugar central en el organigrama mundial de la dominación, implicando al problema de la soberanía como su objetivo principal práctico-estratégico. Sin embargo, la *realización de la soberanía nacional por un poder popular* no es anterior a la mundialización imperialista ni "trascendente" al capitalismo integral:

"El problema de la dependencia es la constitución de estados jurídicamente libres pero realmente subordinados al sistema mundial de dominación, donde la relación de la sociedad nacional con el mercado internacional conformará a las clases sociales como creación de ese sistema mundial y no como resultado de procesos autónomos de desarrollo. La 'nación' y el nacionalismo también son productos de la dominación internacional capitalista, sin colonización capitalista no hubiera existido el 'nacionalismo' como contrapartida. Y esto no está planteado en el sentido intelectual de las doctrinas nacionalistas europeas del siglo pasado, sino como *contradicción objetiva* del sistema con características radicalmente distintas a las teorías nacionalistas románticas".

Carri no deja de replantearse el problema de la revolución nacional pero siempre cuidándose de no partir de la descripción económico-social de las clases sino desde la política que aplica el imperialismo y a partir de allí descubrir quiénes son los grupos que lo padecen, a fin de no caer en un *formalismo marxista*.

La composición de esa colectividad revolucionaria deberá definirse "a nivel nacional con proyección continental". No se trata de una definición a priori ni de presuntas identificaciones. Dicha colectividad comprenderá a todos aquellos sectores condenados por los monopolios y las políticas desarrollistas que se encuentran "ligados por un sentimiento de comunidad objetiva de intereses".

De la misma manera que evita caer en un formalismo marxista, Carri cree que es preciso revisar las viejas proclamas nacionales y populares, ya que el imperialismo había cambiado a una nueva etapa de desarrollo y según su opinión, esas proclamas podían ser funcionales a la penetración del sistema en nuestros países, como por el ejemplo la consigna de "reforma agraria" que al momento de la escritura del artículo "Desarrollismo y Reforma Agraria" era impulsada por los organismos internacionales y por los monopolios.

Según Carri, "el razonamiento de los formalistas parte de la forma que adopte la apropiación de la renta por el terrateniente, para concluir con el carácter del sistema". Piensa en la apropiación de la renta en especies por parte del terrateniente y de los campesinos arrendatarios, pero no piensa que esa forma de apropiación inicial, termina en el sistema de comercializadores imperialistas.

"Se queda en la forma y no ve la esencia del sistema".

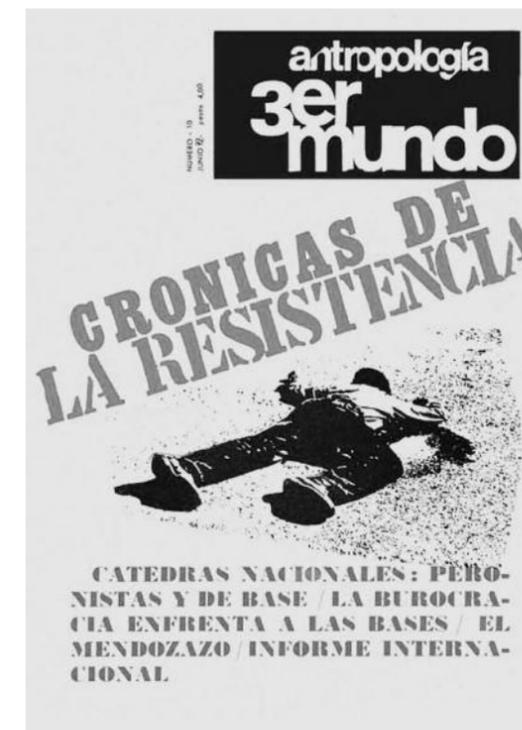
LA ÚNICA RESOLUCIÓN A LOS PROBLEMAS ARGENTINOS TIENE QUE VER CON LA REVOLUCIÓN NACIONAL. PERO ÉSTA NECESITA REPLANTEARSE CONSTANTEMENTE SUS VIEJAS BANDERAS, PORQUE NI LA REFORMA AGRARIA NI EL IMPUESTO A LA RENTA DIFERENCIAL SON YA SUSTANCIALES.



numero doble

antropología  
3er mundo  
N°9      pesos 4

peronismo: desde el 45.  
P. FRANCO F. ALVAREZ  
peronismo y gran acuerdo  
ROBERTO CARRI  
iglesia: el desafío de la liberación  
N. HABEGGER



CRONICAS DE LA RESISTENCIA

CATEDRAS NACIONALES: PERONISTAS Y DE BASE / LA BUROCRACIA ENFRENTA A LAS BASES / EL MENDOZAZO / INFORME INTERNACIONAL

► Los formalistas afirman constantemente que la clase monopolista se opone a la reforma agraria. Como la tendencia del capitalismo monopolista es a la centralización y a la disminución de las pequeñas propiedades, los formalistas consideran que una política de reforma agraria, que diera a los campesinos las tierras, se contradice con dicha política. Pero esa política, quizás orientada no por el desarrollismo local -más tendientes a acordar con los terratenientes, exigiéndole mayores productividades- sino del imperialismo monopolista, no tiene problemas en plantear una política de reforma agraria, mientras que ella no perjudique el modelo de acumulación. Dicha reforma puede permitir disminuir las tensiones en el campo, sin que ello implique una transformación estructural. Pueden repartirse las tierras menos productivas, o quizás en regiones donde las tensiones son mayores.

El imperialismo no se contrapone a la reforma agraria por principios teóricos abstractos, sino que la estimula desde arriba, donde esa reforma puede permitir, mantener y profundizar el sistema de extracción de riquezas. Por supuesto que en aquellos lugares donde la reforma agraria presupondría una movilización general de los sectores subalternos, y ello pondría en riesgo su sistema de dominación, se opondrían con toda la fuerza, tratando de sumar consigo a todos los sectores retardatarios de dichas sociedades.

Carri concluye que “la nueva política del imperialismo para las naciones latinoamericanas pasa por las transformaciones en las regiones agrarias que seguirán hasta aflojar la presión de las masas campesinas y hasta donde los beneficios de los monopolios comienzan a disminuir”.

Por otro lado, el desarrollismo frigerista piensa que la transformación burguesa del agro argentino acabará con la “oligarquía terrateniente”. Que con inversiones mejoraría el nivel de productividad del agro, que continuaría la migración del campo a la ciudad, y la clase social terrateniente “no capitalista” se transformaría en una clase capitalista. Se acabaría el traslado de riquezas de la producción industrial al agro, y la productividad del agro acompañaría la de las empresas industriales.

Un ejemplo para lograr mayor inversión en el agro, es el impuesto a la renta diferencial, que obligaría a

los terratenientes a invertir excedentes y cambiar el modelo de producción extensivo, por un intensivo basado en el aumento de productividad agropecuario, según el desarrollismo.

Pero a diferencia de lo que piensan los frigeristas, esto no acabará con la oligarquía terrateniente:

“la capitalización de la economía agrícola, principal objetivo de los proyectos, no significa exactamente la desaparición de la llamada ‘oligarquía terrateniente’ como suponen los desarrollistas y los formalistas de todo tipo, sino su conversión en una clase monopolista agraria con características modernizantes y no tradicionales como la actual”.

Por lo tanto, ni la reforma agraria ni las leyes progresistas, como el impuesto a la renta diferencial, pueden transformar la situación de opresión imperialista por la que atraviesa la Argentina. La primera porque presupone una transformación que no elimina la gran propiedad y la presupone como un proyecto tecnocrático que no incorpora a las masas de proletarios rurales. La segunda porque ordena al agro para hacerlo más funcional al modelo de producción capitalista monopolista.

Para Carri, ni la propuesta del imperialismo, ni las mediaciones desarrollistas frigeristas son una solución para los problemas argentinos. La única resolución a los problemas argentinos tiene que ver con la revolución nacional. Pero ésta necesita constantemente replantearse sus viejas banderas, porque ni la reforma agraria ni el impuesto a la renta diferencial son ya sustanciales para dicha revolución. Por el contrario, son funcionales al imperialismo.

“De allí la necesidad de replantear permanentemente el problema de la revolución nacional. Debe ser formulada en forma continua la pregunta acerca de cuáles son las clases y grupos juzgados en forma absoluta por los imperialistas, cuáles son las concretas condiciones en que se manifiesta la subordinación, qué límites establece el sistema a estos sectores, básicos para su supervivencia, pero que no reciben la contrapartida integradora del régimen, en definitiva quiénes son los que ‘no tienen nada que perder’”.

Como puede observarse, la reflexión crítica de Roberto Carri mantiene una vigencia insospechada ante la escena público-política actual, por cierto, si se reflexiona respecto a la nueva estructuración socioeconómica del campo, y los enfrentamientos sociales generados a partir de la resolución 125 en el año 2008. •